

ADIÓS, COMPAÑEROS DOMÉSTICOS

José Agustín Goytisolo

No solamente se extinguen los llamados animales salvajes. En nuestro país, por poner un desastroso ejemplo, están en trance de desaparición más de una veintena de especies domésticas, que han servido y han acompañado a nuestros antepasados durante centenares y aún millares de años, con solicitud, abnegación y hasta llegar al sacrificio.

Del célebre caballo asturcón, tan apreciado en la Roma del Imperio como regalo que solían hacer los Generales de la Legión VII Gemina, (que comandaban la Astúrica Augusta -hoy León y Astoga- y la Astúrica Transmontana, hoy Asturias) a los patricios y senadores de la época, quedan sólo 312 ejemplares, que pastan en las altas praderas del Principado. Un pariente gallego del asturcón, el faco, un poni celta de pastizales altos, quedan poquísimos ejemplares en la sierra de A Grova. Algo se está haciendo para salvarlos, pero las plantaciones de eucaliptos amenazan su habitat.

De la oveja, también asturiana, xalda, hermosísima, morena y dulce como una muchacha vaqueiriña, quedan menos de mil ejemplares. Y en Andalucía ya no es posible la cervantina frase de "confundir las ovejas churras con las merinas", pues ovejas churras hay algo más de ochocientos ejemplares. Algo parecido ocurre con la fina y cariñosa oveja ibicenca: novecientos ejemplares para cinco esforzados machos, obligados a hacer horas extras o a ser vergonzosamente masturbados para así poder practicar la inseminación artificial. Si les hablo de vacas (la cárdena, la serrana andaluza o la frieiresa gallega) o de burros garañones ¡ay, el de Vic!, se ponen ustedes a llorar. El documentado y terrible informe de José Mara Fillol es para hacerlo.